

UN SIGLO DE PENSAMIENTO ECONOMICO (1870-1970)

■ Cuatro lecciones de Pedro Schwartz

Ofrecer una historia sesgada y una revisión selectiva de la ciencia económica durante el último siglo, desde 1870 hasta 1970, y demostrar que en ese período ha habido un avance científico en la Economía, un descubrimiento y conocimiento cada vez más preciso de unas cuantas leyes sociales que derivan de regularidades en el comportamiento de los individuos, ha sido el propósito del curso que bajo el título general «Un siglo de pensamiento económico (1870-1970)», impartió del 22 al 31 de mayo en la Fundación el catedrático de Historia de las Doctrinas Económicas de la Universidad Complutense Pedro Schwartz. Ofrecemos a continuación un resumen de las cuatro lecciones que integran el curso.

LA REVOLUCION MARGINALISTA

El año 1870 no está elegido al azar. En torno a él ocurrieron unos desarrollos coincidentes que marcan un hito en la historia de las doctrinas económicas, unas transformaciones que los historiadores consideran de gran importancia. Alrededor de esa fecha, cuatro economistas sin contacto entre ellos, propusieron una revisión de los fundamentos de la teoría del comportamiento económico humano, que habría de tener profundas consecuencias para el avance de la ciencia económica. La revolución marginalista supuso un cambio de dirección en los estudios económicos, con la incorporación del cálculo infinitesimal, del cálculo *en el margen*, una de las armas analíticas más importantes que hoy se siguen utilizando en economía.

El hecho de que tales descubrimientos se realizaran independiente y simultáneamente por economistas inscritos en situaciones sociales di-



PEDRO SCHWARTZ nació en Madrid en 1935. Doctor en Derecho por la Universidad Complutense y en Ciencia Política por la London School of Economics, y Master of Science en Economía por la Universidad de Londres, es, desde 1969, catedrático de Historia de las Doctrinas Económicas en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense y, desde 1974, investigador asociado del University College de Londres. En 1967 accedió por oposición al cuerpo de titulados del Servicio de Estudios del Banco de España, del que es excedente desde 1977. En la actualidad dirige el Instituto de Economía de Mercado. Es autor de numerosos trabajos sobre su especialidad.

ferentes y en tradiciones filosóficas distintas, tiene una gran importancia para comprender cómo surgen y se propagan las ideas. En mi opinión, la teoría del pensamiento como superestructura, que trata de explicar la aparición y difusión de las ideas por las circunstancias sociales, es una teoría incompleta. Una cosa es la difusión de las ideas y otra la *ideación*, que es libre. Yo propondría una teoría del pensamiento, en parte darwiniana, según la cual el medio ambiente selecciona las ideas, pero la aparición de nuevas ideas es una emanación espontánea que no tiene por qué relacionarse directamente con las circunstancias sociales.

¿Cuál era la situación de la ciencia económica en 1870? Había tres o cuatro escuelas. Por un lado, la ya moribunda escuela *clásica*, basada en los escritos de Adam Smith y que representaba John Stuart Mill. Otra era la escuela *alemana* que reprochaba a los clásicos su exceso de abstracción. Los historicistas sostenían que como las circunstancias sociales de cada país eran distintas, no podía hacerse una ciencia económica universal. Otra escuela era la *socialista* o *marginalista*, que explica por qué la Humanidad ha seguido en su historia unos determinados pasos y cambios —sociedad esclavista, sociedad feudal, sociedad capitalista—; y la escuela *marginalista* va a partir de los grandes descubrimientos de la escuela clásica, que son, en síntesis, los siguientes:

El primer paso importante era la concepción de todos los fenómenos económicos como un gran sistema de interconexión, el *mercado*, gran tela de araña que explica el funcionamiento de la economía. Otro logro de los clásicos es la *Teoría de la Competencia* (Adam Smith), según la cual el mecanismo que mueve al mercado es una competencia por unos bienes que son *escasos*. Una idea clave de la escuela clásica era la que hoy conocemos por la *Ley de Say*: no puede haber recursos sin emplear, porque hay siempre una demanda para todo lo que se produce. Por lo tanto, no es cierto que la oferta y la demanda no coincidan. La oferta es la demanda de todos los demás bienes y, por tanto, no puede haber excedente de producción. Y, por último, la teoría de los precios internacionales: el coste de las ofertas y demandas determinan los precios en el mercado internacional. Todas estas teorías son tomadas por los marginalistas y se siguen utilizando hoy. Hay así un mercado que une los países y las generaciones, movido por la competencia y que funciona tan bien que ajusta oferta y demanda y evita la posibilidad de paro y de excedente de producción.

Los marginalistas —Karl Menger, William Stanley Jevons, León Walras y Alfred Marshall— van a dar hacia 1874 unos fundamentos más firmes a la teoría del comportamiento racional de los individuos. El primer logro de esta escuela va a ser la *teo-*

ría del equilibrio del consumidor. ¿En qué condiciones el consumidor va a llegar a un equilibrio, es decir, va a sentirse satisfecho? Se supone que el consumidor busca el máximo de utilidad al gastar su renta y que está constreñido por la escasez, que es la que determina la elección. Según los ingresos que perciba, el consumidor habrá de elegir entre bienes que son escasos, y como es racional, empleará su dinero de manera que la última peseta colocada en todos los bienes le produzca la misma satisfacción. Aquí reside el equilibrio del consumidor.

Otra teoría de la escuela marginalista es la de la *imputación* (Karl Menger). El productor paga, distribuye sus factores de producción de tal modo que la productividad marginal de los factores sea proporcional a su precio. Es decir, la racionalidad en economía consiste en ese buscar el máximo de utilidad según los ingresos, y colocar éstos de tal modo que sea obtenido en todas partes.

TEORIA DEL EQUILIBRIO SOCIAL

En el último cuarto del siglo XIX y, sobre todo, hacia 1900, dos economistas van a precisar la idea, ya apuntada por Smith, de que la economía forma un sistema cuyas variables se influyen recíprocamente y que tal sistema se inserta en un sistema social más amplio. Los descubrimientos de Wilfredo Pareto y de León Walras contribuyeron a resolver graves problemas de análisis económico y han conducido a una forma de hacer economía que, aunque correcta, es, en mi opinión, empíricamente estéril.

León Walras (1834-1910), a pesar de las críticas que se le han hecho como economista capitalista, fue un socialdemócrata. En sus *Estudios de Economía Social* analiza las razones científicas para que el Estado se hiciera cargo de ciertos centros de producción, de modo que se evitaran los monopolios y que su funcionamiento, controlado por el Estado, beneficiara a la libre competencia. Su gran descubrimiento va a ser su *Teoría del Equilibrio General*, cuya formulación

matemática tiene un gran interés para entender la aplicación del socialismo.

Ya los economistas fisiocráticos franceses anteriores a él habían formulado que hay un flujo de dinero circular que da como resultado la misma producción anual. Se trata, pues, de una economía ya cifrada, con unas constantes en las formas de gastar y producir. Esto lo explica el *Tableau Economique* de Quesnay, que puede considerarse el antecedente de la teoría del equilibrio general de Walras. Pero éste mostró que no hay tal circularidad sino una *determinación simultánea*. El sistema está construido de tal manera que el equilibrio hace que se dé una simultaneidad de determinación de fenómenos económicos: todas las variables se influyen las unas a las otras. Walras no habla de causa-efecto, sino que distingue entre supuestos de comportamiento y constricciones o limitaciones al movimiento; referidos, ambos, a la demanda y a la oferta de bienes (que se explican, a su vez, por la productividad y la utilidad marginal decreciente); y, por otro lado, las dos constricciones de que habla Walras son lo que él denomina la *ecuación de balance* (no se puede gastar más que lo que permite la renta percibida. Las ofertas de servicios han de ser iguales a las demandas de bienes) y el *Beneficio cero* (en un sistema de equilibrio, el beneficio desaparece).

Wilfredo Pareto (1848-1923), discípulo de Walras, liberal en un principio, publica en 1913 un trabajo titulado *El máximo de utilidad para una colectividad social*, en el que explica qué es lo que tiene que hacer un Ministro de la Producción en un sistema colectivista. Si se suprime el mercado, ¿cuál será el trabajo del planificador? Según Pareto, el Ministerio de Producción en un sistema colectivista deberá tratar toda la información de las demandas y ofertas de bienes, ajustándolas prescindiendo del mercado y ocupándose tan sólo de la producción, ya que se supone que se conocen las demandas, pues se trata de una economía planificada. Se procesa en un ordenador toda esa información, hasta conseguir un ajuste entre producción, ofertas y demandas planificadas.

Otra gran contribución de Pareto es la *Economía de Bienestar* u *Optimo de Pareto*: una cuestión ética o política de cómo mejorar a una sociedad, de tal modo que la mejora de un sector, un sujeto o un grupo no perjudique a los demás. Mediante la llamada curva de indiferencia, se mide cuál sería la mejora que diese más de un bien (x), pero sin quitar nada de otro (y).

En una primera crítica a estas teorías que acabamos de ver, diré que Walras y Pareto fueron grandes economistas que resolvieron problemas lógicos, pero desde una base de análisis económico que considero estéril. El sistema de Walras, con tantísimas ecuaciones, es muy difícil de usar en la práctica. Es más fructífero hacer equilibrio parcial, es decir, tratar de definir y analizar un trozo del sistema, ignorando toda una serie de variables del mismo. En cuanto al sistema de Pareto, no sólo es incompleto sino que lleva implícita la idea de un planificador, una especie de «deus ex machina», justo y bueno, que conoce todas las necesidades de la sociedad. En mi opinión, el problema de decisión social no puede resolverse en la persona de un dictador económico sino mediante un complejo sistema democrático.

KEYNES O LA INCERTIDUMBRE

Adam Smith, John Maynard Keynes y Karl Marx tipifican tres actitudes distintas frente al hecho económico y la organización social. En mi opinión, el progreso de los últimos cien años se ha producido a partir de las ideas del primero; las otras dos vías son equivocadas, aunque también hayan contribuido al progreso científico.

Keynes parte de dos premisas fundamentales: a) no hay razón para pensar que los mercados económicos se equilibran espontáneamente; y b) en una sociedad bien constituida la dirección de los asuntos económicos debe corresponder a un grupo, una élite, mejor preparada para guiar la economía del país. Dos son los mercados que, según Keynes, funcionan mal: el mercado financiero y el mer-

cado de trabajo. Por otra parte, no hay un mecanismo social que armonice las decisiones del ahorro y de la inversión, con lo cual se llega a un problema de paro y de inflación. El Estado debe intervenir para salvar el sistema capitalista que no se equilibra espontáneamente, si no es con la intervención pública de gobernantes altruistas.

Según Keynes, los obreros se fijan en los salarios monetarios, y por tanto, no aceptan que esos salarios monetarios caigan y el mercado de trabajo funciona mal. Por otra parte, al no equilibrarse oferta y demanda (niega la Ley de Say), al haber poca demanda y mucha oferta de trabajo, hay paro, es decir, excedente de factores de producción. El mercado financiero funciona mal porque la demanda de dinero es una función inestable. La función de consumo es, para Keynes, tal que a medida que aumentaba la riqueza económica no aumenta el consumo sino el ahorro; y en cuanto a la función de inversión, opina que los empresarios se guían por un excesivo optimismo y así la inversión está gobernada por expectativas empresariales más o menos históricas.

La teoría de Keynes ha demostrado que valió sólo para su época, la década del treinta. No puede explicar, por ejemplo, la inflación con paro, ni con ella puede resolverse el grave problema actual de la reducción de la inflación. Su teoría es salvable como una teoría de la incertidumbre. Entre las críticas principales que cabe hacerle, una sería la de que los mercados sí se equilibran, ya que los transactores se fijan en precios reales, no monetarios; y, por otro lado, no son los mercados económicos los que funcionan mal, sino los políticos. Mi tesis central, y con ella defiendo la Ley de Say, se basa en la evidencia empírica: al caer los precios, cambia la estructura de la producción, cuando se deja funcionar espontáneamente a la economía, y el mercado se adecúa siempre, de modo que se acaba dando a la gente lo que pide. En favor de Keynes habrá que decir que toda la teoría del dinero como bien de capital es keynesiana. Además, todo el trabajo que en Econometría se ha realizado a partir de él, para tra-

tar de confirmar o refutar la aplicabilidad de las teorías keynesianas, es un fruto a él debido.

¿EXISTE UNA CIENCIA ECONOMICA?

La complejidad y abundancia de escuelas, trabajos y teorías económicas, el número de Premios Nóbel que desde su creación, se han concedido a economistas, bastan para demostrar el valor intersubjetivo y objetivo de la economía como ciencia. Citemos entre los economistas que han recibido el célebre galardón del gobierno sueco, a Leontieff, con su tabla de *input-output*; a Kenneth Arrow, con su *Teorema de la Imposibilidad*, Milton Friedman, Paul Samuelson, Friedrich Hayek, el gran antikeynesiano, etc. ¿Qué condiciones ha de tener la economía para ser una ciencia? ¿Qué papel desempeñan los hechos y las teorías en la ciencia? Siguiendo a Popper, sostengo que no se puede llegar a la verdad por la pura deducción, pues no podemos saber la certeza o falsedad de las premisas de las que se parte; y tampoco la inducción por sí sola puede dar lugar a resultados científicos. Los popperianos, Friedman y la escuela de Chicago proponen el método hipotético-deductivo: la propuesta de hipótesis para ver posteriormente si los hechos falsean o confirman tales hipótesis. Si no es así, habrá que cambiarlas. Esta es, en mi opinión, la metodología científica más válida y sobre la cual se está construyendo la teoría económica con más futuro.

Se trata de una teoría económica basada en el individualismo metodológico, que opera basándose en el comportamiento racional de pequeños grupos, para ver qué impulsos, costes y deseos llevan a un tipo determinado de conducta social. Por otro lado, es una teoría que parte del concepto de Economía como ciencia que estudia la asignación de recursos escasos para satisfacer necesidades competitivas. Esta teoría es aplicable a todas las manifestaciones de la vida humana y se apoya en la contrastación empírica, en la comparación de las deducciones con la observación de la realidad.